



# ARTE - HISTORIA FILOSOFIA Y LITERATURA EN RELACION CON LA MEDICINA



## LA MEDICINA DESDE FUERA

por

FRANCISCO JAVIER MARTIN ABRIL

Comencemos por anunciar la emoción que experimentamos al escribir, por vez primera, en una revista de Medicina, en esta MEDICAMENTA—galería de estudios y trabajos profesionales de ciencias médicas—, que reserva un espacio para aquello que, sin ser Medicina, se relaciona de alguna manera con la ciencia y el arte de Hipócrates y Galeno. ¡Qué interesante el campo de la Medicina para los que no somos médicos! Nos interesa, con un picor de afilada curiosidad—como nos interesa la casa de enfrente—, todo lo que se refiere a esa ciencia de precaaver y curar las enfermedades. Nos interesan los médicos: el médico de cabecera y el especialista; el cirujano y el psiquiatra. Nos interesan también—¿y cómo no?—las medicinas, es decir, los medicamentos esas cajitas pulcras con piel de celofán, esos frascos que parecen de perfume, esas ampollitas verdes o amarillas, que nos llevamos un buen día a casa, como pudiéramos llevarnos una cajetilla de cigarrillos o un cartucho de bombones.

Digamos, en segundo lugar, que sentimos hacia la Medicina una afición extraordinaria. Pero ¡qué peligrosos son, en todos los oficios, los aficionados! En Medicina, mucho más. El aficionado es el hombre que cree saber y no sabe; que puede opinar alegremente, sin responsabilidad, sobre problemas y acontecimientos reservados a los ciudadanos matasellados con la Impronta de un título oficial. Pudimos ser médicos, pero no lo somos. ¡Tantas cosas pudimos ser! De mí sé decir que me hubiera gustado ser, a más de lo que humildemente soy—abogado sin pletos, periodista y poeta—, torero, director de orquesta y alienista. ¡Qué le vamos a hacer! Caprichos o manías que uno tiene... Mas como ello no es posible, conformémonos con ser enfermos, con leer alguna vez un libro de Medicina, con escribir, ahora, en una revista médica, con charlar, de cuando en cuando, con nuestros buenos amigos los médicos, a los que tanto admiramos, quizá con una punta de inocente envidia.

Vayamos, pues, divagando en torno a la Medicina y a los médicos, pero sin salirnos de nuestro puesto. Para otra faena carecemos de competencia y de jurisdicción. Sean estos artículos una serie de notas sobre la Medicina, sobre los médicos, sobre la enfermedad, sobre otros etcéteras que verá el que leyere... Pero siempre notas «desde fuera», acotaciones de espectador ignorante, comentarios y glosas de hombre de la calle. Y el hombre de la calle—aunque apenas el hombre viva en la calle—puede permitirse la concesión de escribir sin sometimiento a un plan y a un método. El plan y el método nos los impondrán los doctores cuando necesitemos someter a ellos nuestra vida. ¡Y cuántos hombres, hoy, «a plan», «a método»!

### UN ENFERMO EN CASA

Fulano no se encuentra bien. Tiene los ojos brillantes, se queja de dolor de cabeza, siente escalofríos, habla con un tono de voz característico de la fiebre. ¿No habéis notado esa paría presurosa y como

salpicada de pequeños gallos, del hombre o del niño—en el niño se advierte mejor—febricitante? La noticia se corre por el sucinto mundo del hogar, y se produce en la casa como un timbrazo de alarma. ¿Qué hacemos? ¿Qué partido tomar? ¿Llamaremos al médico? ¿Esperaremos a mañana? ¿Adjudicaremos al paciente una tableta de aspirina? ¿Le suministraremos, quizá, un vaso de leche bien caliente, con unas gotas de coñac, para que sude?

Lo primero será tomar la temperatura al enfermo. Porque hoy, ¿qué hogar no dispone de termómetro? El termómetro es necesario, aunque el termómetro suele darnos unos disgustos de categoría. Vivimos pendientes del termómetro, que a veces nos juega unas malas pasadas dignas de antología familiar. Porque no es lo malo que el termómetro marque unos treinta y ocho o treinta y nueve grados, claros y rotundos. Lo malo es cuando marca treinta y siete con una treinta y siete con dos... No nos gustan nada estas medias tintas.

Pero sigamos con nuestro enfermo. Nos vemos precisados a tomar una determinación. «Convendría llamar al médico...», opina un miembro de la familia. «Esto se pasará sin necesidad de médico» manifiesta otro miembro de la casa. Ya se ha planteado el conflicto. Porque junto a las personas partidarias de llamar en seguida, y por cualquier futesa, al médico, están las personas refractarias a la presencia del doctor. ¡Qué peligrosos, en este momento, los hombres que creen saber de Medicina, que tienen—según ellos—buen ojo clínico, que han leído un librote de Patología o que son poseedores de unas recetas que les regaron sus «experimentados» antecesores! ¿No estaremos perdiendo el tiempo? Y el tiempo, en la enfermedad, es de una importancia definitiva, puede ser de una importancia fundamental. Luego, naturalmente, vendrán las exclamaciones: «Si yo hubiera sabido...» «Si hubiéramos llamado en seguida al médico...» «Si aquella tarde se hubiese practicado al enfermo tal intervención...»

Pero el médico, el admirable médico, cuyo papel trascendental no se valorará nunca como merece por la sociedad, tiene también derecho, un legítimo derecho, a no ser molestado por una insignificante nadería. El médico es un hombre como nosotros: el médico tiene muchas tareas que cumplir: el médico es padre de familia; el médico ha de leer, estudiar, ensayar, velar; el médico se cansa... Si, ¡Qué cansados los médicos, allá, en las altas horas de la noche, cuando regresan a su casa después de una visita de muchas horas, o cuando se disponen a retirarse a su aposento, tras una consulta difícil, obsesionante, complicada! ¿Nos extrañará que el médico, en esa situación, en esos instantes, nos pregunte, cuando le avisamos, si consideramos necesaria su presencia?

¡Ah, si todos los ciudadanos tuvieran una cultura en este sentido! No es mucho pedir al ciudadano del siglo xx que sepa cuándo debe llamar al médico y

cuándo debe abstenerse de ello. En numerosísimos casos será el médico quien tenga que decir que «no se trata de cosa grave»; pero en otros muchos debemos nosotros, los hombres discretos, ahorrarle un desplazamiento. A pesar de todo, en caso de duda, yo llamo siempre al médico. Que él me perdone. ¡Confía uno tanto en el médico! ¿Y qué sería de los enfermos si no tuviesen confianza en el médico?

El médico ya está avisado. La familia le espera con esa impaciencia que alarga las horas, convirtiéndolas en siglos, y ensancha los minutos, convirtiéndolos en horas. El reloj hace tic-tac, tic-tac, tic-tac, como el pulso del enfermo. Pero hagamos una pausa, y dejemos para otro artículo la visita del médico. No hay peligro de que nuestro enfermo—un enfermo de papel, literario—se muera.